

*Jesús Maroto de las Heras**

Impresiones de Polonia del año 1978¹

Varsovia. Enero de 1978. A las ocho de la tarde paseaba con otros españoles después de haber terminado una reunión en el Ministerio de Asuntos Exteriores polaco. Las aceras eran muy anchas en comparación con las de Madrid. Los polacos con los que me cruzaba me miraban con extrañeza. El motivo: el abrigo. Llevaba el clásico abrigo español de solapas y mangas anchas, lo menos adecuado para la temperatura de enero, que en Varsovia estaba cerca de los cero grados. La estancia sería de una semana. Aconsejado por el personal de la embajada española² me había comprado un gorro de piel para cubrirme la cabeza. Se nos

* Zaragoza, 25 de diciembre de 1938 – Madrid, 3 de marzo de 2021. Doctor ingeniero agrónomo por la Universidad Politécnica de Madrid. Trabajó como funcionario en varias direcciones generales del Ministerio de Agricultura desde 1964 a 1983, fundamentalmente en el campo de las relaciones internacionales. En el periodo 1978-1983 fue responsable en el Ministerio de Agricultura de las relaciones con los países «socialistas» y desde 1983 a 1989, trabajó en la Secretaría de Estado para la Unión Europea del Ministerio de Asuntos Exteriores donde participó como vocal asesor en las negociaciones para la entrada de España. Desde 1989 hasta su jubilación en el año 2000, ha sido director adjunto del Consejo Oleícola Internacional, organismo internacional dependiente de la Comisión Europea con sede en Madrid que se ocupa de la promoción del consumo del aceite de oliva. Ha dedicado su interés a investigar la Guerra de la Independencia española. Ha publicado varios libros sobre este conflicto así como otros sobre las agriculturas de los países «socialistas». Ha sido miembro de la Junta Directiva del Foro para el Estudio de la Historia Militar de España (FEHME) desde 2006 hasta su fallecimiento.

¹ Edición del texto y notas: Jan Stanisław Ciechanowski y Cristina González Caizán.

² En 1945 el gobierno de España no reconoció al gabinete comunista de Varsovia. En 1963 fue abierta en Madrid la Delegación de la Cámara Polaca de Comercio Exterior, y al año siguiente en Varsovia la del Instituto Español de Moneda Extranjera. El 15 de julio de 1969 la Polonia comunista y la España franquista cerraron en París un acuerdo sobre la transformación de las oficinas de delegados en representaciones consulares y comerciales oficiales. El 31 de enero de 1977 ambos gobiernos establecieron relaciones diplomáticas a nivel de embajadas. El 23 de mayo del mismo año en Varsovia Jesús Millaruelo Cleméntez (1913-2004) presentó sus cartas credenciales al presidente del Consejo de Estado de la Polonia

había advertido que, si no lo hacíamos, se corría el riesgo de que el frío nos provocara un corte de digestión. Uno de los españoles no hizo caso y pagó las consecuencias. Para mí la parte más vulnerable eran los pantalones. Aunque en Madrid había comprado ropa de abrigo con pantalones gruesos estos no eran eficaces contra el frío, así que tuve que recurrir a llevar dos pantalones. Un día al salir con prisas en Cracovia se me olvidó el segundo pantalón, maldije porque volví a pasar el maldito frío del primer día. Al mirar a los polacos era evidente que necesitaba comprar ropa acolchada que se pegara al cuerpo. Lo hice al día siguiente porque mi trabajo me indicaba que la experiencia podría repetirse en otro país socialista en los meses de invierno. Además del abrigo, aquellos transeúntes se extrañaban al ver a un extranjero paseando en invierno. Estaba claro que no hacíamos turismo. No éramos turistas.

¿Qué hacía yo en Polonia en aquel gélido mes de enero? Era funcionario del Ministerio de Agricultura y me habían nombrado responsable de las relaciones comerciales de ese departamento con los llamados países del Este. Así se les denominaba en todos los foros internacionales para no recurrir a la denominación de socialistas o comunistas. Eso provocaba muchas salidas humorísticas en las reuniones porque esa denominación a veces resultaba ridícula según el tipo de orientación geográfica y el lugar donde se estuviera. Un canadiense, por ejemplo, se reía al decir «países del Este». No obstante, al trabajar en el servicio exterior, tuve que asistir a bastantes reuniones de organismos internacionales como la FAO³ y la OCDE⁴, agencias de las Naciones Unidas en Ginebra, donde se hacían valoraciones de la situación agraria de estos países, etc. Precisamente, el Comité de Agricultura de la ONU me brindó la oportunidad de hacer un primer viaje en 1973 a Checoslovaquia, Bulgaria y Rumanía. Dos años después, un congreso de riegos y drenajes celebrado en Moscú permitió a los participantes hacer un largo recorrido de mes y medio por las regiones europeas de la URSS visitando lugares normalmente cerrados a los extranjeros. En Rumanía el Ministerio de Agricultura español tenía una oficina con un funcionario que enviaba la información que a él le parecía interesante. Era la única en esos países.

Esta serie de viajes me había permitido adquirir una pequeña experiencia de como desenvolverme en estos países que cada vez me resultaba más útil.

«Popular» en calidad de embajador extraordinario y plenipotenciario de España en Polonia. Véase más en: J. S. Ciechanowski, *El reconocimiento por España del Gobierno de la República de Polonia en el exilio durante los años 1945-1968. Historia de un mito*, en: *Spain – India – Russia. Centres, Borderlands, and Peripheries of Civilisations. Anniversary Book Dedicated to Professor Jan Kieniewicz on His 80th Birthday*, eds. J. S. Ciechanowski, C. González Caizán, Varsovia 2018, pp. 194-195; Ministère des Affaires Étrangères, *Liste du Corps Diplomatique à Varsovie*, Varsovia, Janvier 1978, pp. 11, 65.

³ Food and Agriculture Organization of the United Nations, Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura.

⁴ Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, Organisation for Economic Co-operation and Development (OECD).

Con todo no era suficiente porque había comprobado que existían diferencias importantes que la ideología común no había conseguido homogeneizar. Era conveniente saber las formas habituales de desenvolverse para evitar errores desagradables. Por ejemplo, era necesario, cuando había que callejear, parecerse todo lo posible en vestidos y actitudes a las personas con las que me cruzaba en la calle. La mimetización era muy conveniente, incluso necesaria y a veces difícil. No se trataba de parecer un espía, pero pasar desapercibido era mucho mejor. Así, de forma visual, se completaba la información escrita de cada país. Era importante conocer su historia y, sobre todo, su situación política en los últimos años. Esto no resultaba fácil, porque en ciertos casos se debían elaborar hipótesis que luego no se cumplían.

En 1978 el interés del Ministerio de Agricultura por los países del Este era muy reducido. España se encontraba en pleno cambio político de transición y solo importaba recuperar un tiempo perdido para incorporarse, lo más rápidamente posible, a la Comunidad Económica Europea. Ésta nos parecía más cercana que los años anteriores cuando vivía Franco. La integración parecía inmediata, aunque la realidad, cada vez más desilusionante, fue que hubo que esperar ocho años. Demasiados. Por lo tanto, existían reuniones bilaterales entre España y los países del Este en las que se analizaba el balance del comercio exterior y se intentaba buscar el saldo más equilibrado posible. Cada año una delegación compuesta por representantes de los ministerios económicos viajaba alternativamente a España o a un país socialista concreto. En el caso español los ministerios eran Agricultura, Industria y Energía, Comercio y Turismo bajo la jefatura de un subdirector de Exteriores o un director general de Comercio. En la reunión el técnico comercial de la embajada española exponía la situación de los intercambios comerciales durante ese año. Previamente Exteriores había suministrado en Madrid una información política del país completada con diversos cuadros de los intercambios. En mi caso, las cifras de productos alimentarios y agrícolas con Polonia eran muy reducidos.

Este país compraba frutas y hortalizas a Bulgaria y algo menos a Rumanía. Los transformados alimentarios procedían de Hungría que tenía una buena industria de transformación agraria. Los polacos no compraban cítricos ni otras frutas españolas porque su precio lo calificaban de prohibitivo, muy elevado. El aceite español, un lujo. Solo mostraban interés por el vino y reconocieron que lo importarían de España, aunque fuera de baja calidad, con el objetivo de luchar contra el alcoholismo. Los propios funcionarios polacos contaron, recuerdo que con cierta molestia, que la gente bebía demasiado vodka y había casos de bebedores ebrios que habían fallecido en la calle o en la puerta de los comercios cuando caían al suelo. Resultaba extraño porque el país suministrador de vinos era Bulgaria que también los exportaba a Rusia. No eran malos vinos, pero su calidad resultaba poco atractiva.

Proponer algún tipo de convenio comercial entre España y Polonia no era conveniente porque el ganado vacuno de nuestro país tenía muchas deficiencias

en la producción por causas intrínsecas y tecnológicamente aportaría muy poco a los polacos. Lo mismo sucedía con el porcino. Como en el balance final Polonia salía con un saldo positivo favorable por sus exportaciones de carbón, había que equilibrar la balanza de pagos como fuera. La solución: comprar barcos a España. Por consiguiente, el representante español de Industria permanecería en la sala de reuniones para encontrar una solución, solución que no sería pública, porque aquello afectaba a los astilleros polacos que llevaban varios años convertidos en una caldera de alta presión laboral. La salida de aquella sala era un alivio porque su temperatura era muy elevada y fue necesario abrir las ventanas, a pesar del frío de la calle. Nos dijeron que era difícil bajar la temperatura porque en Varsovia había varias centrales de carbón que suministraban calefacción a toda la ciudad. Sorprendente.

Con respecto a lo que se podía o no se podía hablar, en las comidas o cenas, con los funcionarios polacos con los que negociábamos, el consejero comercial de la Embajada de España, Carlos Díaz Huder⁵, nos había advertido que había dos temas que no se tocaban. Ni siquiera se aludían: la matanza de Katyn en 1940⁶ y la rebelión de Varsovia en 1944.

Recuperando las notas tomadas en 1978, aquel diálogo con el consejero comercial lo podemos reconstruir de la manera siguiente:

– Jesús Maroto (JM): La matanza de Katyn, que se descubrió en 1943, es algo muy conocido en Occidente. En el libro *Rusia en la guerra* del corresponsal americano en Moscú Alexander Werth, concretamente en el segundo volumen que se publicó a finales de los años sesenta, hay un capítulo dedicado a este asunto y a las relaciones soviéticas con Polonia⁷. A este hombre los rusos le condujeron a ese lugar para convencerle que habían sido los alemanes los autores y no terminó nada satisfecho. Las pruebas que le mostraron no le convencieron en absoluto. Es un tema pendiente con los rusos por parte de los polacos. No soy tan imbécil como para aludirlo en una conversación con ellos. Existen varios libros publicados sobre esta matanza, creo que el primero fue del propio general Władysław Anders⁸.

– Consejero comercial (CC): Ellos, por supuesto, no lo van a sacar. No les interesa hacerlo. Ten en cuenta que los funcionarios polacos ya se han definido

⁵ Véase: Ministère des Affaires Étrangères, *Liste du Corps Diplomatique...*, op. cit., p. 65.

⁶ El 5 de marzo de 1940 los miembros del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de los Bolcheviques de la Unión Soviética (Iósif Stalin, Kliment Voroshílov, Viacheslav Mólotov, Anastás Mikoyán, Mijaíl Kalinin, Lázar Kaganóvich) dieron la orden de asesinar a más de 21 768 oficiales prisioneros de guerra polacos. Se trata del famoso Crimen o Masacre de Katyn, en la región de Smolensk, aunque en la primavera de este año los polacos fueron exterminados también en otros lugares.

⁷ Alexander Werth, *Rusia en la guerra (1941-1945)*, vol. 2, *De Stalingrado a Berlín*, trad. J. de Lorbar, 3.ª ed., Barcelona 1972 (1.ª ed. en español: 1967), pp. 87-132 (el capítulo 6 de la parte VI titulado «Técnica de la edificación de una nueva Polonia»).

⁸ General Władysław [Władysław] Anders, *Sin capítulo final*, trad. I. R. García, Barcelona 1948 (también 2008).

al principio de la reunión como miembros del Partido⁹. Así que, como hay una versión oficial rusa de que fueron los alemanes, solo se referirán a ella. Aquí estamos para hablar solo de temas comerciales y desde luego a no mostrar interés por temas delicados. En aquel asunto, ese año 1943 que has citado, como el gobierno polaco de Londres no paraba de hacer preguntas a Moscú, los soviéticos suspendieron las relaciones diplomáticas en unos días¹⁰. Desde entonces los rusos presionaban a los aliados para mantener la llamada línea Curzon¹¹, la frontera que se fijó a Polonia después de la invasión conjunta de Alemania y Rusia. Repito, ese tema no va a salir, ni debe salir. Olvídalo.

– JM: El otro tema intocable que citas es el de la rebelión de Varsovia en 1944. No parece que sea tan intocable porque recuerdo la película de Andrzej Wajda, *Canal*, que he visto en Madrid no hace mucho tiempo y relata bastante bien el levantamiento. Si aquello está condenado al silencio, no es este el caso. Además, en la misma catedral de Varsovia hay una placa que lo recuerda. La película de Wajda es de los años cincuenta y creo que no se prohibió en Polonia. Ten en cuenta que desde hace tiempo se proyectan en España películas polacas. Las de temas históricos me parecen bastante buenas. *Faraón* es una obra de arte, y también he visto la más conocida de Wajda, *Cenizas y diamantes*.

– CC: Jesús, no estamos aquí para hablar de cine. Oficialmente se ha reconocido que la sublevación encabezada por «Bór»¹² no tenía ninguna probabilidad de mantenerse con las reservas de municiones y comida más allá de siete

⁹ POUP, Partido Obrero Unificado Polaco, partido comunista fundado en 1948.

¹⁰ Los nazis alemanes informaron sobre el descubrimiento de la tumba masiva de Katyn el 13 de abril de 1943. El día 20 el gobierno polaco en el exilio en Londres emitió una nota al consejo de comisarios del pueblo soviético, demandando información detallada sobre el destino de los oficiales polacos asesinados. El 25 de este mes la URSS rompió relaciones diplomáticas con la Polonia del exilio. De pretexto sirvió que el gabinete del general Władysław Sikorski pidiera a la Cruz Roja Internacional en Suiza que investigara el caso.

¹¹ La línea Curzon, el proyecto de línea de demarcación temporal polaco-soviética, presentada por el ministro de asuntos exteriores de Gran Bretaña George Nathaniel Curzon (lord Curzon) a su homólogo soviético, el comisario del pueblo Gueorgui Chicherin, en la nota del 11 de julio de 1920, como una de las condiciones del armisticio, para la firma del cual los británicos querían mediar durante la contraofensiva bolchevique. En la parte norte se basaba en la línea establecida el 8 de diciembre de 1919 por el Consejo Superior de la Entente de acuerdo con la situación en el frente polaco-ruso que iba a servir luego para delimitar la frontera y que constituía una propuesta transitoria que constataba el carácter polaco de las tierras al oeste de esta línea y dejaba el asunto abierto al este de la misma. En la parte sur la línea Curzon iba a respetar las posiciones de entonces de los ejércitos al este de Przemyśl. Moscú rechazó la oferta de mediación, aunque en las futuras negociaciones del armisticio, con el Ejército Rojo al lado de Varsovia, los bolcheviques demandaron fijar allí la frontera. El tratado polaco-soviético de paz de Riga de marzo de 1921 la estableció a unos 200 kilómetros al este. En septiembre de 1939 la línea Curzon sirvió a alemanes y soviéticos para establecer una nueva frontera en el marco del tratado sobre la frontera y amistad entre el Tercer Reich y la URSS, y en los años 1944-1945 a los comunistas soviéticos para fijar los límites actuales de Polonia.

¹² El general Tadeusz Komorowski «Bór», comandante en jefe de AK (véase la nota 15).

días. Es extraordinario que los sublevados aguantaran dos meses, pero en esa lucha desesperada murieron, creo, 200 000 polacos y la ciudad quedó en sus 9/10 partes en ruinas¹³. Ya has visto como todo el centro¹⁴ ha sido cuidadosamente reconstruido cuando, incluso, se llegó a plantear construir una nueva Varsovia en otro lugar. Los rusos afirman que sus ejércitos estaban agotados al avanzar hasta cerca de Varsovia y que los alemanes habían reforzado con gran eficacia ese frente. Que era una temeridad la sublevación. Solo podía triunfar cuando las vanguardias rusas hubieran penetrado en Varsovia. Se ha dicho que la rendición de «Bór» sirvió para que sus sublevados, el AK¹⁵, desaparecieran como ejército dependiente del gobierno polaco de Londres. De esta manera se dejaba las manos libres al gobierno polaco creado y fomentado por los rusos en Lublin¹⁶ que estaba de acuerdo con los límites de Curzon. Para terminar: los polacos tuvieron verdadera mala suerte en esa guerra. Los invadieron, al principio, los alemanes y los soviéticos, pero los aliados declararon la guerra solo a Alemania. Los rusos se quedaron con gran parte de lo que ahora es Belarús y Ucrania¹⁷. La NKVD eliminó a todos los oficiales polacos de esas regiones para que no sobreviviera la élite social polaca. Cuando Alemania atacó a Rusia, el ejército polaco del general Anders, que se originaba en Rusia con los prisioneros de guerra, tuvo que salir por Irán para combatir con los aliados en Italia. El ejército polaco que luego crearon los soviéticos fue el que entró en Polonia, pero después sirvió para controlar el país al servicio de Moscú, y los mismos aliados presionaron al gobierno polaco de Londres para que aceptase

¹³ En el levantamiento perecieron unos 150 000 civiles, entre ellos más de 63 000 asesinados en acciones de exterminación masiva por parte de los alemanes y sus aliados en varios barrios de la capital, sobre todo en Wola y Ochota. Murieron también unos 17 000 soldados de AK (véase la nota 15). De estos últimos unos 5000 fueron gravemente heridos y unos 17 000 cayeron prisioneros de guerra. Como consecuencia de la guerra quedaron destruidos el 80% de las edificaciones de Varsovia, sobre todo en su centro en la orilla izquierda del Vístula, en su mayoría por los alemanes, pero también después de la contienda por los comunistas polacos. Las pérdidas militares del ocupante en el levantamiento consistieron en unos 16 000 caídos y unos 9000 heridos. En 2004 el Ayuntamiento de Varsovia estimó las pérdidas materiales de la ciudad y sus habitantes durante la guerra en cincuenta y cuatro mil seiscientos millones de dólares contemporáneos. Véase más en: *Straty Warszawy 1939–1945*, ed. W. Falkowski, Varsovia 2005.

¹⁴ En realidad, el casco viejo de Varsovia.

¹⁵ Armia Krajowa, el Ejército Nacional, entre 1942 y 1945 el brazo armado del Estado Polaco Subterráneo que en 1944 contaba con más de 300 000 soldados en toda Polonia.

¹⁶ El llamado Comité Polaco de Liberación Nacional, gobierno títere comunista, fue creado por Stalin en Moscú el 20 de julio de 1944, aunque oficialmente en Chełm el día 22. Desde el 1 de agosto contó con su sede en Lublin.

¹⁷ Los soviéticos se quedaron con los territorios enteros que actualmente forman parte de Belarús y Ucrania. En el español actual se usa generalmente el término «Bielorrusia», aunque la denominación proviene de «Rutenia Blanca» (el nombre usado por la diplomacia española en los años 20 del siglo XX) o «Rus Blanca» y no de «Rusia Blanca». Acertado es el término «Belarús», usado en español en la ONU.

la línea Curzon y luego se lavaron las manos cuando el grupo de Lublin se hizo con el poder.

Me había quedado una extraña sensación con respecto a Katyn. Se la dije al consejero comercial:

– JM: Es una lástima que no haya un monumento a los oficiales asesinados en Katyn para llevarles unas flores. Espero que algún día exista ese monumento.

– CC: Pues tal como está ahora la situación pasarán bastantes años, muchos, tal vez demasiados, para que ese deseo tuyo se cumpla. Ni lo verás.

Afortunadamente se equivocó en sus predicciones.

Al pasear por las calles me preguntaba si los rostros de los transeúntes con los cuales me cruzaba reflejarían alguna huella de la angustia de los momentos vividos en los años anteriores, como por ejemplo en los disturbios en la costa báltica en 1970. La gente se deslizaba a mi alrededor, pero no miraban mi abrigo, porque había comprado la ropa de invierno en unos grandes almacenes.

Un tema tan desagradable como curioso era el de los micrófonos. Sabíamos que tanto el edificio de la embajada como los pisos y oficinas de los consejeros y agregados estaban convenientemente dotados con estos aparatos. El tema era cómo neutralizarlos para hablar sin problemas. En general, si el asunto a tratar era muy importante se salía del edificio, lo cual no era agradable si eso ocurría en pleno invierno. Otra forma era la de acordar un nombre clave y cambiarlo por otro en un tiempo determinado. También escribirlos en un papel a medida que surgían otros nombres. En las negociaciones comerciales esta cuestión era menos importante porque al llevarse a cabo en un edificio oficial, la salida al pasillo para una consulta urgente no inquietaba. Se suponía que este edificio no tendría micrófonos, al menos que los polacos se espieran entre sí. No me imaginaba en la época de Władysław Gomułka al general Mieczysław Moczar, ministro de Gobernación¹⁸, poniendo micrófonos a Adam Rapacki, responsable de Exteriores. Cinco años antes había tenido una experiencia muy curiosa porque el Ministerio de Agricultura había abierto en Bucarest una oficina de agricultura que era la única para todos estos países. Al entrar en ella los micrófonos estaban escandalosamente expuestos, a la vista. Llegué a fotografiar alguno que destacaba en una pared. A mi pregunta de por qué no se quitaban, ya que era demasiado insultante, se me respondió que si se hacía, el servicio rumano de atención al Cuerpo Diplomático los sustituiría por otros en un plazo muy breve. Si los volvía a quitar, el embajador recibiría una nota oficial de que el consejero en cuestión quedaba calificado como persona non grata y que debía abandonar el país. Por lo tanto, para hablar sin problemas, lo mejor era recurrir al diccionario o escribir en un papel. Se me comentó que se podía criticar o maldecir a Nicolae Ceaușescu pero no comentar en Bucarest nada sobre el cambio de moneda en el mercado negro.

¹⁸ Ministerstwo Spraw Wewnętrznych, Ministerio de Asuntos Internos.

En Varsovia este asunto de los micrófonos se comentó de forma muy superficial entre los miembros de la delegación española porque había poca sustancia que esconder al hablar de vino o carbón. De todas formas, suponía que el consejero comercial lo habría resuelto a su manera. En Bucarest la secretaria y el conductor del consejero agrícola eran teniente y sargento de la Securitate rumana¹⁹. Por el sueldo que cobraban, muy superior al de sus paisanos, eran los primeros interesados en mantener los ojos cerrados y en colaborar en las «andanzas comerciales» de los diplomáticos españoles, especialmente cuando llegaban ciertos productos sensibles al servicio oficial de comercio del Cuerpo Diplomático. Hay muchas anécdotas al respecto. Una de ellas era adivinar cómo sería la ficha que tendría la «bezpieka»²⁰ de cada uno de nosotros y en qué departamentos estaríamos incluidos: el primero o el séptimo, que eran los dedicados a ese trabajo de espionaje en el extranjero. Y qué fotos tendrían. Por lo menos que fueran pasables.

Otro asunto importante era el cambio. Como los países socialistas tenían moneda no convertible existía una desproporción importante entre el cambio oficial y el del mercado negro. La diferencia era en ocasiones de hasta cuatro o cinco veces entre uno y otro. Todo dependía del lugar donde cambiar, que variaba según los países, y conocer en cada uno lo que interesaba comprar. Estaba claro que, al regresar, la moneda local no podía superar en cifras a los justificantes que se presentaban al banco oficial del aeropuerto para recuperar la moneda occidental convertible, casi siempre en dólares. El sistema más cómodo para conseguir moneda al cambio no oficial era hacer una escala en el aeropuerto de Viena. En la primera planta de tránsito había un pequeño banco que proporcionaba la moneda del país deseado al «cambio de mercado local». El empleado de la sucursal daba al interesado las advertencias oportunas para la conversión inversa. En estos viajes siempre era conveniente llevar, como recurso de urgencia, cierta cantidad para necesidades no previstas que era imprescindible gastar en su totalidad. Todo dependía de lo que uno compraba o los encargos comprometidos. En el caso de Polonia esa pequeña cantidad se destinó a ropa de abrigo, pero todo variaba. No se precisó para comida, que

¹⁹ Del rumano «seguridad», también «Securitatea», servicio que existió entre 1948 y 1989/1991. En la última etapa del comunismo rumano oficialmente se llamaba: Departamentul Securității Statului, Departamento de Seguridad del Estado.

²⁰ Del polaco «seguridad». Su nombre oficial fue variando con los años: Resort Bezpieczeństwa Publicznego (Departamento de Seguridad Pública, 1944); Ministerstwo Bezpieczeństwa Publicznego (Ministerio de Seguridad Pública, 1945-1954); Komitet do Spraw Bezpieczeństwa Publicznego (Comité para los Asuntos de la Seguridad Pública, 1954-1956) y Służba Bezpieczeństwa Ministerstwa Spraw Wewnętrznych (Servicio de Seguridad del Ministerio de Asuntos Internos, 1956-1990). En 1978 el Primer Departamento del Ministerio del Interior se dedicaba al espionaje y la Sección Séptima del Segundo Departamento (contra-espionaje) era responsable, entre otros, de vigilar a los representantes comerciales de países capitalistas. Entonces no existía el Séptimo Departamento del ministerio.

se resolvía siempre en invitaciones o cocteles por ambas partes. No obstante, uno de los miembros de la delegación española me mostró un icono que había adquirido a un precio muy reducido en un lugar especial donde un contacto polaco le había llevado. Era 10 o 12 veces más barato que en España. No sabía que en Varsovia hubiera un mercado subterráneo de ese tipo de pinturas. En la Unión Soviética, el cambio no oficial se hacía con los camareros del hotel, en Checoslovaquia lo ofrecían en la calle, pero hacerlo era peligroso. La información de artículos para comprar en Varsovia que teníamos era muy escasa. Por ejemplo, en la URSS lo más buscado era el caviar, que también se compraba a los camareros de los hoteles; en Praga, el cristal de Bohemia y en Budapest, habanos de Cuba. En estos dos últimos casos se podía adquirir a precio oficial y aun así resultaban muy baratos. Pero lo más económico de todo eran los discos de música clásica siempre que no se compraran los últimos de una serie, porque el molde original estaba muy gastado. Baratos, pero con condiciones.

Personalmente me llamó la atención que los ciudadanos corrientes en Varsovia, los de la calle, iban mejor vestidos que los rusos, los rumanos y los búlgaros. En 1978 no tenía datos comparativos fiables del nivel de vida de los diferentes países del Este y los oficiales no parecían nada reales. En la calle observé que muchas mujeres llevaban abrigos de pieles de buena calidad, algunos de chinchilla. Cuando pregunté su valor a un miembro de la embajada se me advirtió que eran bastante más baratos que en España, como era lógico, pero si se compraba uno, la aduana polaca pedía justificantes de su procedencia porque estaba prohibido adquirirlos por un extranjero. Si estos justificantes no eran convincentes, el aduanero descosía el forro buscando un sello del estado que el comprador extranjero evidentemente desconocía y no podía justificar que lo había adquirido fuera de Polonia. Como en esos años en España había mucho interés por los abrigos de pieles, interés conocido en Polonia, los turistas españoles, no muy numerosos entonces, solían caer en esa trampa. La ventaja para las compras de las delegaciones oficiales era que todos llevaban un sello oficial en el pasaporte y eso impedía abrir las maletas. En el Ministerio de Asuntos Exteriores nos aconsejaron que evitáramos este tipo de prácticas picarescas en los países del Este. Podían dar lugar a situaciones muy desagradables que la pillería de los turistas españoles no sabía resolver. No todos seguían esa regla.

En Varsovia no pude comprobar la intensidad de la circulación de personas durante las horas de trabajo, es decir si esta afluencia disminuía o se acrecentaba al terminar la jornada laboral. Por ejemplo, en Sofía, en 1973, observé que eran muy numerosos los viandantes que circulaban por las calles cuando lo lógico era que estuvieran en su trabajo. En otra ocasión, un diplomático español que vivía en Praga, me explicó que, en las fábricas, los trabajadores se ponían de acuerdo para realizar trabajos extras mientras otros compañeros cuidaban y cubrían su ausencia. Gracias a este «sistema» el diplomático había podido llevar a cabo una serie de reformas en su domicilio en un plazo mucho más breve que si hubiera recurrido al servicio oficial diplomático de Checoslovaquia. Esto significaba que

en los países del Este muchas personas recurrían a «encargos especiales» para complementar sus escasos salarios mientras los dirigentes miraban hacia otro lado. En Polonia había más comercios privados que en los otros países socialistas y eso, quizás, disminuía la necesidad de buscar trabajos complementarios. Como en los países socialistas no existía el paro, «enfermedad crónica» de los capitalistas, varios obreros llevaban a cabo la misma actividad que podría hacer un solo operario. Había demasiada gente, pero eso no se podía reconocer. En consecuencia, la productividad de las fábricas y de los negocios era muy baja y los productos que se pretendía exportar poco competitivos. Tampoco se podía despedir a los trabajadores que sobran porque eso significaba caer en una «herejía capitalista». Ese asunto se notaba mucho en la URSS. Por ejemplo, en los hoteles había multitud de personas, en apariencia ociosas, desempeñando funciones para las que habría bastado una sola. Es posible que se justificara su existencia como informantes de los extranjeros. Todo es creíble.

El gobierno polaco había invitado a la delegación española a un viaje turístico a Cracovia. El viaje en carretera en el mes de enero era muy curioso sobre todo cuando nos cruzábamos con los peculiares carros de los campesinos que emergían como barcas desde una niebla muy densa. Estos hombres que manejaban los carros fantasmales eran los que habían conseguido detener y obligar a retroceder la colectivización forzada. Todos los líderes comunistas pensaban que la colectivización era indispensable para la consolidación de cualquier régimen de esta tendencia. Ese proceso en la URSS de los años veinte y principios de los treinta había costado millones de muertos como consecuencia de una hambruna gigantesca en Ucrania. Gomułka era muy consciente del rechazo de los agricultores a integrarse en cooperativas o explotaciones del estado donde los productos habrían sido comprados a precios irrisorios. Por tanto, en 1957, de unas 9800 explotaciones colectivas existentes antes de los cambios quedaban algo más de 1500. Una «herejía socialista». Los dirigentes polacos eran conscientes de que si la colectivización continuaba de forma obligatoria y apresurada, los agricultores, que ya intuían un horrible horizonte en el campo, sacrificarían su ganado antes de llevarlo a las granjas colectivas. La *nomenklatura* no podía permitirse el lujo de hacer una importante rebaja en el suministro de alimentos a la población, que ya estaba muy tocada con este asunto. En consecuencia, un 90% de las tierras seguían en la «herejía» de la propiedad particular. Un país tan católico como Polonia podía permitirse ese lujo. Los agricultores, más tranquilos, obtuvieron beneficios reales cuando la producción agrícola, animada por el trabajo intensivo, subió un 32% entre 1956 y 1965. Como consecuencia, la exportación de los productos agrícolas se duplicó llevando a la hacienda polaca a un 60% de monedas occidentales. La productividad basada en el individualismo proporcionaba estos buenos resultados. Al mismo tiempo se habían eliminado las prohibiciones sobre el pequeño comercio y la artesanía. Eso se notaba paseando por las calles. Un contraste con las de Moscú donde había poco aliciente en escrutar los escasos escaparates. El consejero comercial me entregó

un trabajo muy interesante sobre la ganadería polaca que era necesario para conocer su desarrollo en los últimos años. Este estudio lo pasé al Servicio de Publicaciones del Ministerio de Agricultura y no recuerdo si llegó a editarse en alguna de sus dos revistas especializadas. Éstas estaban muy centradas en temas comunitarios y los referentes a países del Este tenían menos interés para ellas.

Con respecto a Cracovia lo más curioso aparte de los monumentos, la enorme plaza, incluyendo una visita a la mina de sal de Wieliczka, etc., era la presencia de numerosos sacerdotes y monjas con sotana o hábitos. Me parecía que la iglesia católica había tomado físicamente la ciudad como consecuencia de la elección del papa Wojtyła. Una enorme manifestación de poder. En cambio, en España, después de la muerte de Franco era muy raro ver sacerdotes con sotana por la calle. Los religiosos españoles se habían vuelto más discretos ya que su iglesia, que al llegar al poder Franco pasó a tener una alianza muy estrecha entre trono y altar, había enfriado su relación con la dictadura en los años setenta. En ambos países las iglesias se habían enfrentado y se enfrentaban a dos regímenes autoritarios. Ambos muy peculiares en ese autoritarismo y muy conscientes de su poder. Más curiosa en Polonia donde el catolicismo era, y sigue siendo, uno de los rasgos específicos de su identidad nacional. En España, esto había perdido mucha significación con el cambio de régimen. La asistencia al culto había empezado a decaer desde principios de los setenta, cuando los creyentes desconectaban de la iglesia oficial y descubrían a sacerdotes que se integraban y defendían a la clase trabajadora. Esta desconexión se fue ampliando a medida que el episcopado fue consciente que muchos católicos convergían la fe con democracia y justicia. El integrista disminuía al tiempo que el régimen de Franco se sentía traicionado por esa separación. Una iglesia a la que había tratado de forma preferente en la enseñanza y en la práctica religiosa. La carencia de una ideología en el régimen de Franco facilitó esa grieta abismal que se llevó a la práctica en 1975 con la llegada de la democracia.

En el caso de Polonia, durante el régimen estalinista, el enfrentamiento del estado con la iglesia era muy directo. Al convertirse el estado en una ideología que quería controlar cualquier tipo de creencia, incluso la propia Trascendencia a la que deseaba eliminar su categoría personal, actuaba con la misma voracidad que un capitalismo ideológico predicando que el futuro solo es aquel que el «hombre nuevo» construirá sin ningún tipo de trabas. La propaganda del estado polaco chocaba con la iglesia a la que acusaba de propaganda tradicional y de defender a las antiguas clases privilegiadas, a la tradición, a los partidos que no son comunistas, etc. Pero en este caso la iglesia seguía siendo capaz de transmitir esa tradición al pueblo llano y este se sentía consolado ante la falta de libertades, que consideraba una injusticia. Y este consuelo generaba una actividad que el partido era incapaz de controlar a medida que el tiempo transcurría. La eliminación de las actividades religiosas en los países del Este fue intensa hasta principios de los años cincuenta, solo Polonia consiguió que funcionara la Universidad Católica de Lublin.

A mediados de los años sesenta, el 78,3% de los polacos se declaraban católicos practicantes. Los acontecimientos de 1956 devolvieron la libertad al primado Stefan Wyszyński que estaba recluido desde 1953 en residencia vigilada en cuatro conventos. Gomulka y sus aliados tuvieron que afrontar, a su pesar, en el mes de agosto de 1956 una peregrinación de más de un millón de polacos a Częstochowa para hacer el voto de la nación polaca a la Virgen, patrona del país. Una clara manifestación de adhesión a la iglesia. La situación política recibió un nuevo impulso para estabilizarse en la moderación. Estas noticias fueron ocultadas en la España del general Franco donde solo se publicaba que los católicos estaban perseguidos con ferocidad en todos los países comunistas sin excepción y que se prohibía cualquier tipo de manifestación religiosa. La foto de la cara deteriorada del primado húngaro cardenal József Mindszenty durante su juicio en 1949 circuló ampliamente. Esta propaganda era tan continua y perseverante que yo mismo no quedé libre de ella hasta un viaje a Bulgaria, en 1973, donde pude presenciar los templos ortodoxos llenos de feligreses y con unos coros que cantaban fantásticamente.

Al visitar las iglesias de Cracovia la contemplación se combinaba con la reflexión para comprender el auge de una iglesia que, en 1978, había mantenido una vasta estructura de parroquias, sacerdotes, religiosos y religiosas, seminarios, además de una Universidad Católica y una Academia de Teología Católica en Varsovia. En la visita a las iglesias se veían grupos numerosos de turistas que miraban aquellas manifestaciones religiosas con mucha curiosidad y asombro. Cuando pregunté quiénes eran se me respondió que turistas rusos que intentaban comprender el significado de ese «poder eclesiástico». Karol Wojtyła se había destacado entre la jerarquía eclesiástica como sucesor de Wyszyński. Su elección como papa supuso un duro golpe para el gobierno polaco.

En cualquier viaje que efectuaba a países socialistas siempre hacía el mayor número posible de fotografías porque pensaba que eran un testimonio de las realidades que contemplaba, tanto de personas como de paisajes, comercios y edificios. Desde que había comenzado a viajar en 1973 por Checoslovaquia, Bulgaria, Rumanía, la URSS y ahora Polonia estaba reuniendo un archivo que, aparte del interés personal, había despertado otro interés en algunas empresas españolas estatales. Se trataba de informar sobre los sistemas de comercialización de los productos alimenticios. En el Ministerio de Comercio se pensaba que, si el consumo alimentario se incrementaba en los países socialistas, los rudimentarios e ineficaces sistemas de venta tendrían que cambiar. La concentración de la oferta y distribución que el estado español llevaba a cabo, tanto en Mercorsa como en Mercasa quizá serían aplicables en el Este. He de reconocer que nunca había tenido problemas en hacer fotos en los países citados donde los ciudadanos corrientes no mostraban signos de inquietud o rechazo para que los fotografiara. Solamente en Moscú, el julio de 1975, cuando hacía fotos en un mercado koljosiano, que como se sabe, son los lugares donde

los campesinos pueden vender a precios libres los productos de las pequeñas parcelas privadas que les permite la explotación colectiva, fui interpelado por dos señoras mayores que pensaban que un turista extranjero fotografiaba una parte nada atractiva de su país. Me acompañaba un español que había hecho la carrera de ingeniero agrícola en la URSS y gracias a él pude seguir haciendo fotos entre sonrisas de los campesinos y compradores quienes estaban encantados de que les enfocara con la cámara. Más tarde pude ver en la revista *National Geographic* que a su reportero le habían impedido hacer fotos en esos mercados. Una mano obstruía el enfoque del objetivo de su cámara. En los grandes almacenes GUM de la Plaza Roja no tuve problemas, incluso llegaron ofrecimientos de compra de mi Nikon por parte de algún moscovita. Por cierto, el ingeniero español me enseñó las formas y maneras de pasar desapercibido en la URSS con la gente de la calle. Fue muy útil. El occidental, sea o no turista, siempre se diferenciaba. Recordemos el abrigo en Polonia.

Como aficionado al cine había visto varias películas polacas de los años sesenta y setenta. El cine polaco gozaba de buena fama internacional en esas décadas. Los nombres de Roman Polański, Jerzy Kawalerowicz, Andrzej Wajda, Jerzy Skolimowski, Aleksander Ford... así de títulos como *Cenizas y diamantes*, *Faraón*, *El cuchillo en el agua*, *El manuscrito encontrado en Zaragoza*, etc., eran muy conocidos en el Occidente donde habían ganado varios premios. Los directores polacos siempre tenían mucho que mostrar y por eso dejaban una huella nada superficial en los espectadores. Todos estábamos invitados a reflexionar sobre las imágenes proyectadas, a pesar de que alguna película como *Faraón* se exhibiera cortada en España durante la época de Franco. En 1977 había visto en París la película de Wajda, *El hombre de mármol*. Me impresionó. Aunque ya conocía otras películas de este director me convertí en su admirador. ¿Cómo era posible que se describiera en la película una crítica tan aguda, tan acertada del efecto del sistema estalinista en la clase trabajadora? ¿Cómo se podría crear, mitificar y destruir a un héroe del trabajo, Mateusz Birkut? Todo se explicaba porque una estudiante, la protagonista, quería hacer una película que iba a ser su práctica de fin de carrera sobre Birkut, un estajanovista de la época estalinista, pero comprobaba las dificultades que descubrió en el sistema. La *nomenklatura* quería ocultar los hechos singulares de los «años cincuenta» y el profesor le dijo a la estudiante que eso estaba prohibido. En las imágenes del principio aparecen Bierut y Stalin combinándose con encuadres parecidos. Un compañero de trabajo, Witek, es detenido acusado de espionaje. Motivo: ha sido brigadista internacional en la Guerra Civil española y luego estuvo en Francia. A Birkut se le explica que los brigadistas eran espías occidentales. Por defender a su amigo en el juicio y no declararse culpable condenan a ambos a tres años. Al salir de la cárcel los antiguos presos son rehabilitados, incorporados y absorbidos por el nuevo régimen, donde algunos triunfan, como irónicamente el propio Witek. Birkut, por dignidad, no cede, no se integra en el nuevo marco social que le parece injusto. Al acabar la película, la alumna, a la que han

prohibido la suya, encuentra al hijo de Birkut en los astilleros Lenin de Gdansk. La lucha de Birkut prosigue en su hijo. *El hombre de mármol* se convertirá en *El hombre de hierro*.

Esta película resultó tan inaceptable para los miembros del partido más radicales que se bloqueó el estreno durante meses. Solo se permitió una distribución muy limitada, pero tuvo tal éxito que se admitió una nueva difusión. La Oficina de Censura recibió instrucciones para reforzar las críticas negativas e intentar dejar al film en la marginalidad. No lo consiguieron. Esta impresión personal me parece necesaria porque las imágenes de la película emergían y se unían a las que ahora recogía visualmente. Esa mezcla alimentaba y hacía crecer mi admiración por los polacos, por su historia. Me parecía que el régimen autoritario de Polonia había tenido situaciones que coincidían con los de la España franquista. El más llamativo era el distanciamiento de la clase trabajadora con los dirigentes del Estado y el rechazo a los sindicatos por su falta de representación. La minoría del Partido, que en Polonia quiso imponer su ideología a la población, fracasó porque esta población no se sintió huérfana en su propio país. Las campañas que desde el poder se iniciaron para crear ilusiones en los obreros no consiguieron engañarlos. Las ilusiones de mejora material solo escondían detrás de un telón negro un ataúd en el que se palpaba un frío espacial. Lo mismo que en Polonia había ocurrido en España con el aislamiento social al Sindicato Vertical. Lamentablemente el enfrentamiento de los trabajadores con el Gobierno era más sangriento e inhumano en Polonia.

Un día hubo un cóctel en la embajada española. Durante el mismo se acercó una funcionaria polaca y me dijo:

-Querría pedirle perdón por la intervención de los polacos en la guerra de España.

Un poco sorprendido busqué rápidamente en mi archivo de recuerdos alguna referencia. Lo único que encontré era algo sobre la intervención de los polacos en las Brigadas Internacionales durante la Guerra Civil española. Estuve pensando si la pregunta tenía un doble sentido porque muchos de los que habían combatido en estas unidades que procedían de los países del Este habían sido depurados a principios de los años cincuenta como sospechosos de contactos con organizaciones occidentales y generalmente de contagio occidental. Esta persecución fue especialmente dura en Checoslovaquia durante el proceso del secretario general del Partido, Rudolf Slánský, y sirvió como excusa para que algunos de los dirigentes ex-brigadistas fueran detenidos. De esta forma, el «generalísimo» Franco completó su victoria sobre las Brigadas Internacionales en Praga cuando el Partido checo procesó a estos hombres. Eso se insinuó claramente en *El hombre de mármol*.

Como navegaba mentalmente por la Guerra Civil española pensaba, para ganar tiempo, que mi interlocutora desearía saber mi opinión sobre los procesos estalinistas en Polonia. Contestando con mucha prudencia comenté que la Guerra Civil terminó hacía cuarenta años y que la intervención polaca de las

Brigadas Internacionales era muy poco conocida en España. Más bien, estaba olvidada. Me acordaba del estajanovista Witek. Pero su respuesta fue esta:

-No se trata de la Guerra Civil sino de los polacos que fueron a España con los ejércitos napoleónicos.

Me dejó descolocado no tener más conocimientos sobre la Guerra de la Independencia española y de la historia de Polonia. Cuando regresé a Madrid busqué libros sobre aquella guerra, pero las librerías tenían muy pocos ejemplares. Ese conflicto no interesaba al lector español. Poco a poco leí más datos sobre los polacos en la guerra contra Napoleón. Pero fue necesario que pasara mucho tiempo... Demasiado.

Varsovia nos despidió el último día a treinta grados bajo cero. Otra y nueva experiencia curiosa porque esa temperatura era desconocida para los españoles. ¿Sería posible que el régimen polaco durara cuarenta años como el de Franco? Llevaba treinta y tres años. Siete años más y la temperatura en Varsovia bajaría a cuarenta grados. No lo deseaba. Al regresar de Varsovia pensaba que la historia de Polonia, tan asociada a la tragedia, era poco conocida en España y menos aún comprendida. Esto es injusto porque había y hay acontecimientos históricos que son comunes. Incluso de carácter. Muy evidentes. Creo que, por esa falta de sensibilidad histórica somos los españoles los que deberíamos de pedir perdón a los polacos. Tenemos mucho que aprender de su cultura, de su forma de ser, y eso solo requiere un tiempo que ahora debería recuperarse. La temperatura emocional no ha sido ni es tan baja en Varsovia como antes. El resurgimiento que hubo en Polonia después del estalinismo en la cultura y las ciencias se explica porque el sentido de la eternidad ha sido la fuerza poética de su talento. La mano con un rosario que surge de la tierra en la última escena de la película *Katyn* de Wajda quiere decirnos que Polonia siempre sobrevive a todas las adversidades. Ese matiz de inmortalidad es probable que se origine en un lugar donde los polacos han sabido combinar virtudes como la dignidad nacional y un aura de resistencia que les ha hecho superar todas las vicisitudes con que la Historia les ha ido probando. Por todo esto hay que admirarles.